

ESPEJOS DE NAUFRAGIOS, *Poesías*, por *Arturo Camacho Ramírez*.

A pesar de la cacareada renovación lírica que pregonan los vanguardistas y algunos críticos fáciles de impresionar, las formas clásicas del verso triunfan con los grandes poetas. Sin invocar los nombres de Juan Ramón, los hermanos Machado, Marquina, y tantos de América, está ahí García Lorca, el lírico de más reputación hoy en día en el idioma, cultivador de la forma clásica por excelencia: el romance.

Y en la generación última del Continente, entre la generación que se inicia cuando se da por triunfantes a las corrientes de vanguardia, hay buen número de ellos que desoyen el cantito de sirena y nos dejan oír la armonía de su verso perfecto.

Este poeta colombiano de «Espejo de Naufragios» (1) sigue la ruta clásica, y va por ella con la inquietud sorprendente de su espíritu moderno. Vaguedad alucinada y musical, imágenes originales sin ser estrambóticas, y un concepto preciso de la armonía y del ritmo. Y todo esto a pesar de sus veinte y dos años revolucionarios.

Buena muestra de su temperamento y de sus condiciones líricas es el romance «La niña sin sombra», que desgraciadamente la restricción de espacio nos impide copiar íntegro.:

Ella se quería casar
pero no la quiso nadie.

Tenía senos de amapola
recién salidos del aire;
tenía los brazos delgados
como la voz de los ángeles;

(1) Editorial Minerva.—Bogotá. 1935.

las piernas girando siempre
falsa canción de compases;
el vientre y el corazón
en desacuerdo constante.

La niña no tenía sombra,
por eso no la amó nadie.
Porque los mozos del pueblo
comentaban: ¿qué te haces
con una niña que no
tiene sombra para el aire?
¿Quién cuidará nuestro amor
si su sombra vigilante
no está en los altos rincones
contando rubios collares
de besos de madrugada
en un fugaz desenlace?
¿Cómo gritarle que viene
el viento azul saltimbanqui
para robarle la sombra
como una hoja de sauce?
¿Cómo amarla si no tiene
sombra verde, tierna, suave,
furtiva, alegre, profunda,
que la confunda con nadie,
o para poder decir:
me ha sido fiel y constante,
pues su sombra iba con ella
y ella no puede faltarle?

No se diga, pues, por críticos indoctos, que ya está en des-
uso el verso correcto, ni se llame retrasados a los que ponen un
espíritu nuevo a la vieja forma poética. La poesía no está en el
molde, que puede ser antiguo o de vanguardia. Está en la emo-

ción, en la sencillez; en el talento, en una palabra, del que nos hace sentirla.

Arturo Camacho Ramírez llega triunfalmente a la poesía de Indo-América con este primer libro asombroso. Domina los medios de expresión, y sólo podemos esperar que la vida le haga el canto más hondo.—C. P. S.



LA BELDACA. Novela del trópico, por *Alfredo Pareja Diez-Canseco*.

Cinco o seis prosistas ecuatorianos han traído un acervo valiosísimo a las letras del Continente. Y si hasta ayer se creía que el Ecuador era solamente tierra de poetas, los escritores de la generación actual, con sus obras que empiezan a ser difundidas, nos muestran que la novela y el cuento tienen entre ellos a los cultivadores de más relieve en la prosa de América.

El autor de «La Beldaca» (1) se dió a conocer con la novela «El muelle», comentada y aplaudida, pero que tuviera muy limitada circulación. No llegó al público de Chile, y apenas si dos o tres ejemplares pasaron de mano en mano entre los literatos.

En su novela de ahora están, refinadas y en madurez plena sus cualidades de narrador. Conoce a fondo el ambiente humano y el paisaje de su tierra, y, sin descripciones excesivas, consigue dar la visión del medio en que viven sus personajes. Las costas cercanas a Guayaquil aparecen con toda su belleza de color y la vida de sus pobladores alcanza relieves inesperados.

Un sordo soplo de tragedia, sin prédicas socialistas ni disquisiciones de mal gusto, tiene esta novela de Pareja. Es la misma tragedia de toda la clase baja de América, oprimida y hambreada.

(1) Editorial Ercilla.—Santiago. 1935.